

PRIMERA EDICIÓN DEL CONCURSO ESCOLAR DEL BANCO DE ESPAÑA

**EL BANCO DE ESPAÑA Y LA ESTABILIDAD EN LA ECONOMÍA**

**Aula Virtual del Banco de España:**

**<http://aulavirtual.bde.es>.**

Se permite la reproducción para fines docentes  
o sin ánimo de lucro, siempre que se cite la fuente.

© Banco de España, Madrid, 2007

Depósito legal: M. 28802-2007  
Unidad de Publicaciones, Banco de España

ENSAYO GANADOR DE LA PRIMERA EDICIÓN DEL CONCURSO ESCOLAR  
DEL AULA VIRTUAL DEL BANCO DE ESPAÑA

**EL BANCO DE ESPAÑA Y LA ESTABILIDAD EN LA ECONOMÍA**

EQUIPO DEL INSTITUTO DE ENSEÑANZA SECUNDARIA TORRELLANO. ELCHE

Ana Belén Amezcua Bautista

Esmeralda Camargo Sola

Cristina Cantos Sempere

Lidia Gadea Sempere

Jerónimo Peral Soler

Antonio Rocamora Pomares

Natalia Trinidad Morcillo

Profesor coordinador: D. José Ángel Molina



## El Banco de España y la estabilidad en la economía

Lucía se dirigía al instituto como cada día. Pero esa mañana sería diferente, tenía un examen de Economía. Sobre la marquesina de la parada del autobús se agolpaban infinidad de anuncios de personas ofreciéndose para trabajar. Muchos hablaban de padres de familia en paro y casi imploraban un empleo. Le llamó la atención. Nunca había visto tantos anuncios de ese tipo. También se sorprendió de la escasa actividad que se veía en la calle. Casi no pasaban coches.

Pero la mayor sorpresa llegó cuando, al pagar su billete del autobús, el conductor tan solo le devolvió cinco euros:

—Disculpe, creo que su cambio no es correcto —dijo Lucía—. Le he dado un billete de diez euros y solo me ha devuelto cinco. Todavía me faltan cuatro euros.

—¿Desde cuándo no subes en autobús? —contestó el chófer algo extrañado.

—Desde la semana pasada.

—Mira. El billete costaba un euro hace unos días. Ahora cuesta cinco.

Lucía no tuvo más remedio que pagar y callar, pues no quería llegar tarde al instituto. Recogió su billete de cinco euros y lo miró incrédula. Pero las sorpresas no habían acabado ahí. El billete era falso, sin duda, pues no llevaba las siglas del Banco Central Europeo (BCE). Y eso sí lo recordaba perfectamente de sus clases de Economía. Se acercó al conductor y le dijo en voz alta:

—¡Oiga, este billete no es bueno!

Todos los pasajeros giraron su cabeza hacia Lucía, esperando la respuesta del conductor.

—Ah, ¿no? ¿y por qué? —contestó.

—Porque no lleva las siglas BCE del Banco Central Europeo —respondió segura.

—¿Qué? Mira, guapa —replicó molesto el chófer por lo que entendió como una impertinencia—, aquí el único banco que todavía queda en pie es el Banco Avalancha. Y, por cierto, no sé cuánto tiempo durará. Ayer quisieron linchar al director... ¡ja, ja, ja!

Lucía, consternada, trató de dirigirse a algún pasajero. Pero todos la miraban como si fuese una extraterrestre. Nadie sabía de la existencia del Banco Central Europeo. Pero, más grave aún, nadie sabía nada de la existencia del Banco de España. No podía creerlo. Quizás se debiera a la incultura financiera de la gente. Sí, sería eso: excepto en las clases de Economía, el Banco de España no era precisamente un tema de conversación popular.

Bajó del autobús, apretando en su puño el valioso papelito gris, y continuó camino hacia el instituto. Para entonces su estómago le sugería una parada en la cafetería «El Dólar». Todavía le daría tiempo a desayunar algo. Sabía que hacer un examen con el estómago vacío no era

recomendable. Pidió un café y media tostada. Pero cuando fue a pagar se quedó blanca. El sinvergüenza del camarero le pedía siete euros.

—No es posible —se quejó Lucía—. La semana pasada pagué dos euros por lo mismo.

—Amiga, son las consecuencias de la hiperinflación —dijo el camarero con acento sudamericano—. Sé de qué hablo. Los argentinos somos todos expertos en economía, ¡ja, ja! No nos quedó más remedio si queríamos sobrevivir. Yo abandoné mi país cuando «el corralito», en busca de una economía más estable, pero vos podés comprobar que no tuve suerte. Entonces perdí todos mis ahorros, incluso los dólares que tenía en el banco. El gobierno los transformó en pesos argentinos, que habían perdido gran parte de su valor real. Desde entonces, y sin un banco central que cuide de la estabilidad del sistema financiero, no he vuelto a depositar plata en el banco.

Lucía pensó que, en efecto, aquel hombre sabía mucho de economía. Casi tuvo que cortar su monólogo diciéndole:

—Solo llevo cinco euros.

—Está bien, me debés dos euros. Pero corrí a por ellos, que puede que mañana sean tres. Aunque... —se quedó pensativo— si disponés de dos dólares los aceptaría, son mucho más valiosos ahora.

Lucía, apremiada por el tiempo y sin llegar a entender por qué tendría ella que pagar en dólares estando en España, pensó en una buena salida:

—Te pagaré con mi tarjeta de débito —dijo Lucía, pensando que impresionaría al camarero con aquella palabreja: débito.

—Lo siento, no disponemos de TPV para que pagues con tarjeta —respondió el camarero—. En realidad, nadie aquí sabe lo que es un Terminal de Punto de Venta. Yo mismo solo lo vi en otros países y me extraña que lleves una de esas tarjetas. En otros lugares existe un banco central que vela por el buen funcionamiento de los sistemas de pagos.

¡Claro!, recordó:

*«Una de las principales funciones del Banco de España es promover la estabilidad y el buen funcionamiento de los sistemas de pagos»*

Eso lo recordaba muy bien de sus clases de Economía. Y también sabía que una tarjeta era un instrumento de pago. O al menos lo había sido hasta el día anterior.

—Pero podemos hacer un trato —continuó el camarero—. Si vos me das el reloj que llevás, habrás pagado este desayuno y también el de mañana. Más allá no te puedo asegurar nada. Si mis proveedores suben el precio de las mercancías que me sirven, tendré que subir yo también mis precios. Además, la electricidad sube, el agua sube, el alquiler sube... todo sube... es la hiperinflación, ¡ja, ja, ja!

Lucía tuvo que aceptar el trato. La hiperinflación era estresante. Tendría que correr y gastar el dinero antes de que subiesen de nuevo los precios. La incertidumbre era insoportable. ¿Por

qué nadie hacía nada para controlar la inflación? Entonces comprendió la importancia de esa frase que había copiado en clase hacía una semana:

*«El objetivo último del Banco Central Europeo y, por lo tanto, del Banco de España es la estabilidad de precios»*

Corrió hacia el cajero automático. Tendría que sacar todo su dinero de la cuenta y gastarlo en cosas que luego pudiera intercambiar por otras cosas. Era la hora del *trueque*. Sonrió imaginándose la cara que pondría su profesora de Historia cuando le contase que ya había entendido perfectamente ese concepto. ¡Y pensar que no contestó esa pregunta en el examen!

Entró en la oficina del Banco Avalancha y... no había cajero automático. Así que preguntó al primer empleado que vio. El pobre hombre se quedó perplejo cuando Lucía terminó de explicarle cómo ella en otras ocasiones había sacado dinero de una máquina empotrada en la pared gracias a ese trozo de plástico que llevaba en la mano.

—Seguramente habrás soñado eso —afirmó el empleado—. No existe una máquina capaz de dar dinero ni tarjetas de plástico con las que se pueda comprar, como dices. Para eso tendríamos que disponer de un sistema informático muy complejo. Tu banco tendría que informarnos de algún modo de que dispones de saldo en tu cuenta y transferirnos a nosotros el dinero para poder atender tu demanda. Y, créeme, no existe ese sistema. Además, alguien tendría que liquidar la orden de transferencia. Por otro lado, si dices que en ese plástico tan extraño llevas dinero, imagino que serás cliente de un banco extranjero. ¿Quién es capaz de transferir dinero entre países? Eso es impensable.

Lucía no se atrevió esta vez a hablarle del Banco de España ni del Sistema Europeo de Bancos Centrales, ni del Sistema TARGET de grandes pagos interbancarios. Se volverían a reír de ella. Empezaba a pensar que se estaba volviendo loca. Pero se le ocurrió una última posibilidad:

—Yo tengo una cuenta en este banco y la semana pasada mi madre me hizo una transferencia por Internet. Debo de tener unos 300 euros.

—¿Transferencia? ¿Internet? —preguntó el empleado del banco—. No hacemos transferencias desde que algunos bancos dejaron de atender sus obligaciones. Eso hizo quebrar a muchas entidades y decidimos que no participaríamos en un sistema tan inestable. Ojalá alguien en el gobierno pensase en una fórmula para controlar a todos los bancos y velar por el cumplimiento de los compromisos. Dudo, por lo tanto, de que tu madre te haya hecho ninguna transferencia, y menos por Internet... ¡Insensata! ¡Ja, ja, ja!

No satisfecha con la explicación y segura de lo que hacía, Lucía se dirigió hacia la ventanilla, DNI en mano, dispuesta a sacar todo su dinero. Empezaba a temblar de pensar que lo tenía guardado en un lugar como ese. Lo escondería en su propia casa.

Pero ya era tarde. Una multitud comenzó a golpear la puerta de la oficina profiriendo amenazas contra los trabajadores e implorando sus ahorros. El empleado con el que había hablado le invitó a marcharse antes de que la avalancha le aplastase a ella también. Según se alejaba, escuchó al director gritar a la multitud que no les era posible atender las retiradas de dinero porque no disponían de suficiente efectivo. A estas alturas ya nada le extrañaba. Hablarles del coeficiente de caja sería provocar una nueva carcajada. Pero le invadió una sensación de

impotencia y de engaño que trataría de aclarar con su profesor de Economía ese mismo día. Él les había asegurado que:

*«El Banco de España tiene la función de promover la estabilidad del sistema financiero»*

¿Qué sistema financiero? ¿Qué Banco de España? Harta de tanta ineficacia, ineficiencia, inestabilidad y de todas las palabras aprendidas en clase de Economía a las que jamás había encontrado tanto sentido, Lucía decidió contarle todo lo que le estaba sucediendo a su madre, que trabajaba en una importante empresa de calzado del polígono industrial de Torrellano. Marcó en su móvil el teléfono y una voz impersonal contestó: «Su tarjeta no tiene saldo». Ciertamente, tan solo la había cargado con 10 euros el día anterior. Seguramente, el establecimiento de llamada ya habría subido a 11 o 12 euros, estaba acostumbrándose a la maldita inflación.

Pero el teléfono sonó en ese instante. En la pantalla de su flamante móvil apareció la palabra MAMÁ. Antes de que Lucía pudiera empezar a explicarle nada, su madre le estaba contando entre sollozos que había sido despedida. Al parecer, a la empresa le era imposible competir con el calzado chino, que mantenía su precio. Por el contrario, el calzado español se encarecía continuamente, en parte por la gran subida de los costes de producción. Las exportaciones a los Estados Unidos caían en picado. La empresa había perdido varios contratos de grandes clientes norteamericanos y se había visto forzada a reducir plantilla drásticamente.

Su madre no le pudo contar mucho más. Debía ir rápidamente al banco a sacar su dinero. La grave crisis económica había provocado el pánico colectivo y todos acudían a retirar sus ahorros. La confianza en el sistema financiero se había esfumado. Y aún más, se había corrido el rumor de que el gobierno, falto de fondos, iba a bloquear todas las cuentas bancarias. Lucía pensó en lo que le había explicado el camarero experto en economía minutos antes, y empezó a entender el significado de ese chocante término: «corralito».

De nuevo una frase de su profesor le retumbaba en la cabeza: *«La estabilidad del sistema financiero es imprescindible para el correcto funcionamiento de la economía»*.

Desorientada y triste, Lucía empezó a darse cuenta de que nada volvería a ser como antes. La inestabilidad de precios, del sistema financiero y del sistema de pagos había sumido a la economía en un inmenso caos. Y lo había empobrecido todo. La gente deambulaba por la calle sin un quehacer concreto. Algunos pedían algo para comer, otros trataban de intercambiar cigarrillos u otros bienes por alimentos. Lo tenía delante de sus narices y no se había dado cuenta hasta ese momento. ¿Qué haría con los cinco euros que aún le quedaban en el bolsillo? Sencillamente, nada. No tenían ningún valor. Y mañana aún menos que ningún valor. Sonrió con resignación pensando en las tres funciones del dinero de las que habían hablado en clase: su dinero no era ya un buen *medio de pago*. Pocos lo aceptaban. De hecho, acababan de proponerle pagar ¡en dólares! Y nadie sabía lo que era un Terminal de Punto de Venta, así que no podía utilizar su tarjeta. Si todo era tan caro y las tarjetas no servían, ni tampoco las transferencias, la gente se vería obligada a llevar mucho dinero encima para poder realizar sus pagos diarios. Tampoco sus cinco euros eran *depósito de valor*. Eran más bien depósito de frustración, pensó. Nadie podría ahorrar y traspasar consumo presente a consumo futuro, como había afirmado su profesor. La opción más sensata sería consumir lo antes posible o invertir el dinero en algo que no perdiese valor de inmediato. Tampoco sus cinco euros constituían ya ninguna *unidad de cuenta*. Al fin y al cabo, los precios subían cada minuto. Ahora todo se mediría en términos de otros bienes: dos desayunos costarían un reloj.



Le entró pánico al pensar en lo que se avecinaba si todo seguía así. Los bancos no podrían conceder préstamos a la gente ni a las empresas, entre otras cosas porque todo el mundo retiraba su dinero. Si nadie ahorraba, ¿de dónde sacarían los bancos el dinero para prestar a las empresas o a los individuos? Entonces, muchas personas no podrían comprarse una casa, o un coche y... ¡claro! las empresas no venderían esos bienes y tendrían que despedir a más trabajadores. Ya empezaban a encajar todas las piezas. Paro, poca actividad, ausencia de coches en las calles...

¿Qué sentido tenía ahora acudir al examen en el instituto? Al fin y al cabo ya se le había hecho tarde. Pero decidió ir, aunque fuese para ver a sus compañeros y contarles todo lo que estaba sucediendo, si es que no se habían percatado ya. Además, tenía una cuenta pendiente con su profesor de Economía, que le había pintado un mundo mucho más bonito de lo que era en realidad.

Cuando ya estaba a cien metros del instituto y podía divisar la entrada del centro y el enorme cartel «IES TORRELLANO», comprendió que no era la única que no había hecho el examen. Todos sus compañeros y el resto de alumnos estaban en la puerta observando cómo los profesores del instituto se manifestaban exigiendo una subida de los salarios y protestando por el encarecimiento del nivel de vida. ¡Qué le iban a contar a ella!

...

Lucía se despertó sobresaltada. Se había quedado dormida con la cabeza apoyada sobre su escritorio... y no había estudiado nada para el examen de Economía que tendría en apenas... ¡una hora! Tuvo que correr mucho para asearse lo justo y dirigirse hacia el instituto. Cogió un billete de diez euros y salió apresuradamente de casa. Fue al ver las siglas BCE en el billete cuando recordó el sueño del que acababa de despertarse. Y respiró aliviada.

Nunca había estudiado tan poco, pero nunca había hecho un trayecto tan feliz hacia un examen. El autobús costaba un euro, el desayuno costaba dos euros, nadie le pidió dólares y los cajeros automáticos ¡funcionaban! Lo pagó todo con una sonrisa, sin mediar palabra. Y llamó a su madre por el móvil para desearle un buen día.

Ya en clase, cuando el profesor le entregaba el examen volvió a sonreír. Miró el folio que le ponía delante y tan solo había una pregunta:

*¿Qué pasaría en la economía si no existiese el Banco de España?*

Lucía se frotó las manos y se puso a escribir en búsqueda de su matrícula de honor.